

## La Cuaresma: entre las tinieblas y la luz



Sandro Botticelli. *Las Tentaciones de Jesús (detalle)*. Capilla Sixtina de la Ciudad del Vaticano (1481-1482)

La Cuaresma se inicia cada año con dos temas: las Tentaciones de Jesús en el desierto (primer domingo), y la Transfiguración (segundo domingo). Estos dos evangelios nos revelan el contraste y la tensión entre la oscuridad y la luz que atraviesa tanto la Cuaresma como la Semana Santa, así como la totalidad de nuestra vida de fe. Ante todo, nos ayudan a tomar conciencia de

la verdadera profundidad del bien y del mal, del pecado y de la gracia, que muchas veces entendemos de un modo demasiado superficial.

Al evangelio de las Tentaciones de Jesús lo sentimos más cercano a nuestra vida, ya que nosotros conocemos por experiencia lo que es la tentación. ¿Pero percibimos su verdadera profundidad?

Quizás pensamos que el pecado al cual nos sentimos incitados es un problema de debilidad: no logramos controlar suficientemente nuestras pasiones. O tal vez, es una cuestión de egoísmo, de pensar sólo en nuestra conveniencia. Pero eso no puede ser todo. Porque si fuera sólo esto, bastaría con controlar mejor nuestras pasiones o ser menos egoístas. ¡Nada que, en principio, no podamos hacer por nosotros mismos, sin necesidad de Jesús ni de Dios!

En realidad, el mal es un *misterio*. San Pablo lo llama “el misterio de iniquidad” (2 Tesalonicenses 2, 7), porque nunca puede ser explicado del todo a través de la razón. Hay un fondo cuya oscuridad es impenetrable. Y esto lo vemos claramente en las tentaciones que enfrenta Jesús: ninguna de ellas tiene que ver con el mero descontrol de las pasiones o el egoísmo y la conveniencia propia, sino con algo mucho más profundo: *la disyuntiva radical de obedecer la voluntad de Dios o seguir la propia voluntad*. En una palabra, en las tres tentaciones Jesús es tentado a lo mismo: a rebelarse contra Dios.

Esa es la razón por la cual Jesús, al confrontarse con la tentación, no se enfrenta a una mera resistencia interior de las pasiones o los pensamientos: se enfrenta a Satanás, el Rebelde por antonomasia, que quiere arrastrarlo a su misma rebeldía. Detrás de todas las tentaciones que experimentamos, la gran tentación es la de rechazar la voluntad de Dios, negarle a Dios nuestra obediencia, convertirnos en los “dioses”, siempre patéticos, de nuestra propia vida.

Éste es el peligro del cual le pedimos a Dios que nos libre, cuando rezamos el Padre Nuestro: “no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal”. En latín, se dice: “liberanos a malo”, y “malo” debe entenderse en un doble sentido: el mal, y el Malo (el Rebelde que busca hacernos caer en la rebeldía contra Dios). Esa rebeldía puede comenzar haciendo cosas que, si bien en sí mismas no son pecado, no son lo que Dios quiere para nosotros. Si cedemos en este punto, terminaremos haciendo cosas realmente malas. Como Satanás bien sabe, es sólo cuestión de tiempo.

Jesús vence la tentación de Satanás porque entiende realmente qué es lo que está en juego. Esto es lo que supo captar maravillosamente Sandro Botticelli con su versión de esta escena. En la imagen que reproducimos más arriba, vemos un detalle del fresco, correspondiente a la última tentación. En ella, Jesús termina de desenmascarar a Satanás, que en las dos primeras tentaciones aparece disfrazado, y lo precipita nuevamente al abismo con un gesto decidido, mientras que el Tentador queda expuesto en su verdadera identidad. Detrás de Jesús, unos ángeles preparan el altar de la celebración eucarística: una alusión a la entrega sin reservas de Jesús a su Padre. Ésta es la conversión radical que nos pide la cuaresma: reorientar nuestra vida hacia Dios.



**Giovanni Bellini, La Transfiguración (1480). Museo de Capodimonte, Nápoles, Italia.**

El segundo domingo de cuaresma nos presenta, como contrapunto, la Transfiguración del Señor. Jesús lleva a tres de sus discípulos (Pedro, Santiago y Juan) a un alto monte, y allí, en presencia de ellos, cambia de figura: su rostro y sus vestidos irradian una luz que no es de este mundo, y

que abrume a los testigos.

¿Qué es exactamente lo que sucedió? ¿Qué vieron estos discípulos? No debemos interpretar este relato literalmente, como si con Jesús hubiera sucedido lo mismo que con una lámpara que se enciende y brilla. Los tres apóstoles buscan expresar una experiencia inefable a través de una imagen: la luz, que evoca lo que la Biblia denomina “la Gloria de Dios”, la manifestación visible de Dios, tan deslumbrante que el hombre sólo puede soportarla en virtud de una gracia especial. Ésta es la gracia que recibieron los discípulos: ver cómo a través de la humanidad humilde de Jesús se irradia la gloria de Dios. En otras palabras, comienzan a entender que la divinidad de Jesús, su condición de Hijo de Dios, se manifiesta en su humanidad (la de “un hombre cualquiera”, como dice

San Pablo), es decir, en su servicio humilde a Dios y a los hombres y, especialmente, en su Pasión y su Cruz.

La versión de esta escena pintada por Giovanni Bellini tiene un mérito especial. Con una gran maestría técnica, el autor logra reflejar de algún modo el brillo sobrenatural del rostro y la blancura de las vestimentas de Jesús (que aparece flanqueado por Moisés y Elías), pero sin que se vea ofuscada su humanidad.

Los santos son aquellos que, a lo largo de los siglos, han sabido comprender y encarnar este mensaje: la gloria de Dios se manifiesta en el camino humilde de Jesús.

**Virgen con el Niño acompañada por San Francisco y cuatro ángeles, Cimabue, 1280 ó 1282**

Por esta razón, los santos han reproducido en sí mismos la transfiguración del Señor, como bien entendieron quienes los conocieron o contemplaron e imitaron sus vidas. Por eso los artistas los representan con una aureola rodeando sus cabezas, incluso aureolas doradas, como es el caso del famoso fresco de Cimabue que aquí reproducimos. Mientras que la Virgen, el Niño y los ángeles que rodean su trono están ubicados en un plano intemporal, al costado aparece, discreta, la figura bien concreta e histórica de San Francisco.



Aunque Cimabue no conoció a Francisco en persona, se asesoró con algunos que sí lo hicieron, por lo que el parecido físico está garantizado. Vemos una figura exteriormente insignificante y poco agraciada, vestida con un tosco sayo. Pero sus manos y su costado presentan los estigmas, signos de su participación íntima en los sufrimientos de Cristo. Y sus grandes ojos nos miran directamente, con una mirada humilde, sufrida, llena de dulzura y misericordia. Nos produce la impresión de que dejándonos mirar por esos ojos, nos hacemos mejores personas. De ese ser pobre y desgarbado emana un brillo que fascina, y que no se agota en el aura dorada que rodea su cabeza. San Francisco nos está invitando, sin palabras, a purificar nuestra mirada interior, a caer en la cuenta de que sólo por el camino de la imitación humilde de Jesús alcanzaremos a Dios. Sólo así brillaremos irradiando su gloria y experimentaremos en nuestras propias vidas la transfiguración del Señor.

***Per Crucem ad Lucem: por la Cruz llegaremos a la Luz***